

ORGANIZADO por los sindicatos de artes gráficas (poligráfico) y escritores se ha producido en Roma un encuentro entre obreros de artes gráficas e intelectuales italianos y del Estado español. Por España había representación del movimiento obrero encuadrado en Comisiones Obreras, USO, SOC y UGT, más seis intelectuales, seis de distintas divisas: Jordi Carbonell (profesor de catalán en la Universidad de Cagliari y gran protagonista de la Asamblea Permanent d'Intelectuals cataláns), José María Castellet, Alfonso Sastre, Alfonso Carlos Comín, José Ramón Recalde (abogado guipuzcoano, politólogo y analista de los fenómenos culturales del País Vasco) y el que esto suscribe.

Dirigentes italianos de ambos sindicatos trabajaron de lo lindo en la organización del encuentro, trabajo que sumaban al que cotidianamente deben afrontar en los frentes políticos preelectorales. Junto a ellos, los miembros del Comité Italia-España realmente interesados en que dejemos de desconocer, sobre todo en que la Italia avanzada deje de desconocer qué es realmente la España avanzada. Alberti presidió la mayor parte de las sesiones con espíritu de servicio patriótico, ¿a qué patria? A la vieja patria de la libertad. El decano de la literatura española libre soportó, uno ya no sabe si por estoicismo o por epicureísmo, interminables sesiones apretadas por la urgencia de las palabras y las horas. De vez en cuando reposaba sus ojos en cualquier cómplice en cansancio y una sonrisa de resignación desarmada le subía desde el pantano de la voluntad. Demasiadas palabras en tan poco tiempo, pero el encuentro resultó interantísimo. Y sobre todo para nosotros, los ponentes, obligados a sintetizar lo que nos ha pasado, nos pasa y nos pasará como comunidad de víctimas de la guerra civil y sus consecuencias, aún no extinguidas. Estuvimos obligados a reflexionar y a reducir lenguaje a niveles de intercambio de urgencia. A los italianos les descubrimos que bajo el franquismo no sólo ha fraguado una opción democrático-formal, sino el poderoso embrión de un paso más allá. También pudo ser una sorpresa la importancia que tiene en España el problema de las nacionalidades. Carbonell destruyó el tópico de las "minorías nacionales" sumando la población de los pueblos más conflictivos: países catalanes, vascos y gallegos (casi un 40 por 100 de la población total del Estado español). Los italianos partían de estructuras mentales un tanto estatistas: para ellos el Estado italiano unitario fue impuesto por la fuerza hegemónica piemontesa, pero de hecho les dio entidad nacional y les puso a resguardo de



Alberti presidió la mayor parte de las sesiones con espíritu de servicio patriótico, a la vieja patria de la libertad.

Encuentro en Italia

La reflexión sobre lo que nos ha pasado nos pasa y nos pasará

apetencias imperiales extrapeninsulares. Tienen, pues, **problemas regionales**. Quedó muy claro que no es este el caso de las nacionalidades españolas.

El abandono del carácter sacerdotal del intelectual, su sustitución por el concepto de trabajador cultural, que responde a la realidad de una España llena de intelectuales asalariados, fue otro tema de debate y coincidencia. Nos pareció que entre la intelectualidad italiana se aprecia un cierto desencanto por el propio papel asumido durante más de treinta años de democracia formal. En el país que cuenta con el principal teórico sobre la función del intelectual, Antonio Gramsci, se comen la cuestión con cuchillo de palo, a medio camino entre la verbalidad liquidacionista y la nostalgia litúrgica. En cualquier caso, los ponentes italianos demostraban una costumbre de reflexión y exposición envidiable. Al menos la democracia les ha servido para saber decir en voz alta lo que no les gusta de ella. Buena parte de los debates se dedicaron a recordarles y a recordarnos qué había representado el franquismo en la pérdida de las señas de identidad de las "culturas peligrosas": la de las clases populares y la de las nacionalidades.

De todo lo hablado realizó una suficiente síntesis la hispanista Rosa Rossi. Sintetizó, corrigió y propuso. Retengo una brillantísima exposición del profesor Chierese. Sobre todo una clarificadora visión del papel ambiguo de la nostalgia: conciencia lúcida de lo que nos ha pasado, pero también territorio más firme que el aventurado futuro. Entre las intervenciones espontáneas tuvo especial interés la de un intermediario de Elsa Morante. La autora de *La isla de Arturo* siguió sentada entre el público disfrazada de escritora de incógnito: pañuelo

sobre los cabellos y unas gafas papapeto. Su intermediario leyó una declaración dual: la autora se solidarizaba con la lucha por la libertad cultural de España y evocaba, como no, a Hernández y García Lorca y proponía la consideración de su caso como una prueba de la supervivencia de ciertas formas de represión o autorrepresión empresarial. Se ha publicado en España su última novela "La Storia" y la Morante dice que ha apreciado cortes en casi todas las páginas.

Mientras el intermediario de la Morante habla, no le quito el ojo a la escritora. La recuerdo en traje de baño. Tal como suena. Yo era un joven fanático de Moravia y lei un estudio sobre él publicado por Mondadori "a cura de Oreste di Buono". En el encarte fotográfico

una foto feliz y juvenil de Moravia y la Morante en traje de baño de posguerra. Pido perdón por esta evocación sacerdotal, ¿pero qué sería de la cultura sin un cierto margen para la sacramentalidad?

He hablado de presencia obrera. Tuvo especial interés el debate y el intercambio de experiencias con los "poligráficos" italianos y para nosotros, los poseedores del fuego sagrado de la palabra, fue una lección cada una de las intervenciones de los representantes del mundo obrero de los distintos pueblos de España. Nos contaron qué era para ellos cultura; a qué cultura habían accedido. Puede sintetizarse todo un brindis de poscena. Un obrero de Madrid se levantó y brindó por el catedrático Marcelino Camacho. ■ M. VAZQUEZ MONTALBAN.

"LA JAULA", DE ROMERO

NUEVAS publicaciones semanales en Andalucía, de las que hablamos la semana pasada; en Valencia ha aparecido "Dos y Dos", que describe en su crónica Millás. En Madrid, Emilio Romero lanza su órgano periodístico con colaboradores suyos de la época "Pueblo", fundamentalmente. En su editorial, "La jaula" denuncia "el desfiladero político" que vivimos, una "ridícula romería democrática", "una feria", frente a un poder perplejo. Ante este cuadro tan desalentador, y de complicarse las cosas, para "La jaula" no "sería desdeñable un militar como árbitro o moderador. Pero nunca un Pinochet".

Como la de toda publicación, nos alegra la salida de "La jaula". La



clarificación del país pasa por la libertad de expresión, de todas las expresiones.